

Viajes a través de las montañas de los Pirineos en 1822⁽¹⁾

WILHELM VON LÜDEMANN

Traducido del alemán por Justo Gárate y Martín Zubiría.

*«Nosotros no vemos más que aquello
que estamos preparados para ver»
Ramond (x)*

* * *

Primer Apéndice (pág. 281). «Suis fortuna cuique fingitur moribus» (x). Cicerón.

I El País de los Vascos:

Las pendientes occidentales de los Pirineos, desde donde éstos declinan suavemente para transformarse en montañas de segundo orden, son habitadas por un pequeño pueblo, que nos atrae por la absoluta singularidad de sus costumbres y de su idioma. Un mismo sentimiento nos contenta con echar una fugaz mirada al pasar cerca de una moderna construcción, mientras que nosotros, ante los restos desnudos de todo adorno de un templo griego, nos sumimos en la observación y el recuerdo. Con iguales sensaciones nos detenemos ante un pueblo, por el cual han pasado los siglos sin borrar ningún pequeño rasgo de su peculiaridad, o sin haber alterado un sonido de su lengua, pueblo que en sus montañas y sus valles ha permanecido igualmente sin ser visitado por la cultura, (la cual ha nivelado a los demás pueblos) ni por el espíritu de los siglos, el cual, después de haber dado 100 aspectos y figuras a las naciones, finalmente las ha hecho incapaces de conservar alguno en forma duradera.

(1) Con dos mapas. Berlín, 1825. Editado por Duncker y Humblot.

(x) Se refiere a observaciones de los traductores que se publicarán más adelante.

Este pueblo se da a sí mismo el nombre de Vask (de vasoc, hombre) (x), en el territorio que lo rodea les llaman Basques o Basquettes. La parte más vasta del mismo reconoce el cetro de España y habita casi exclusivamente las provincias de Alta Navarra, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, dispuestas en forma de anillo alrededor del golfo de Vizcaya.

El territorio menor —que no excede de 70 mil familias—, puebla el departamento francés de los Bajos Pirineos. De esta parte del país, en el cual he vivido algún tiempo, quiero declarar brevemente a continuación lo que pudiera ser de interés general; y no dudo que el interés que me produjo la alta singularidad de este pueblo, en cierta medida ganará también a mis lectores.

Los Vascos mismos separan su territorio, que llamaban *Hescual-berriac* (el País Vasco), en tres cantones: Laburde, Soula y Behere Navarra (Baja Navarra). El primero de éstos es el más rico en población y el idioma y las costumbres se han mantenido aquí más puras y completas (x). En ninguna de las tres hay ciudad alguna (x), siempre que nosotros no queramos hacer valer como tal a la gran villa de San Juan de Luz.

Fábricas y otros establecimientos a los cuales un tráfico activo y una población pujante e ilustrada dan origen, se excluyen por esto mismo. Y la población se divide en las clases naturales de la nobleza, los labradores y los jornaleros. La nobleza es poco numerosa, y con excepción de Belzunce y otras dos o tres familias, es pobre y ruda; el labrador es propietario del terreno, goza de relativo bienestar y es respetado; la tercera clase posee lo suficiente para estar satisfecha. Esa clase intermedia, que incluye a todos los que se tratan de *Etcheco-Jauna* (señor de la casa), es el núcleo y la gran masa de la nación. Todos ellos están igualmente orgullosos de su país y de su ascendencia, y en todo el país, sólo hubo una vez un ridículo ejemplo de que un *Jauna-Etcheco* buscara un título distinto a éste.

Desde las colinas de Ainhoa, divisé todo (x) el país que habitan los Vascos Franceses; una hermosa mañana, muy cerca a mis pies, se encontraban tres grandes pueblos: Sara, St. Pé y Espelet, cuyas dispersas y relucientes casas cubren dos considerables laderas. Espelet casi toca el límite con España y debe su prosperidad a un activo comercio con la lana española; Sara y St. Pé, en el valle y sobre un suelo fértil, son habitados sólo por muy respetados *Etcheco-Jaunas*; ambos son probablemente las más antiguas comunidades vascas, porque se apoyan directamente contra la montaña, para cuya explotación de las minas de oro y plata (x) los Fenicios llegaron acá. A su derecha, antiquísimos bosques de robles de un verdor totalmente singular, valles y montañas, ocultan las poblaciones de Luhosoa, Macaye, Osses (x) y Hasparren, cuyo suelo pedregoso y seco en apariencia da dos cosechas anuales, y despierta la duda de si un muy viejo sistema de

economía —una rutina de 4.000 años—, es de menor valor que el nuestro moderno. Hasparren tiene un gran mercado, visitado por todo el País de los Vascos, en el cual los Españoles (x) son los compradores más importantes.

Pero en su iglesia, yo busqué ahora inútilmente, la placa de bronce que todavía hace poco se encontraba aquí, en la cual un procónsul romano agradece no sólo a los dioses de Roma, sino al dios protector de este país, por ciertos favores que él consiguió para sus administrados.

Más cerca de mi lugar de observación, en un valle encantador que recorre el Nive, contemplé los cuatro barrios que forman Uztaritz: Arraünsz, Eroriz, Herri-Behere y Bourgonia.

Ustaritz es la capital primitiva del País Vasco: aquí, en ese viejo bosque de robles se reunían en otro tiempo el *Bilçar* (palabra que se origina de *bil* asamblea—, y *çar* —contracción de *çabar*, viejo—, y corresponde así al Senado latino o consejo de los ancianos), cuyos miembros, cada uno apoyado en un tronco y afirmado en su lanza, de pie, alrededor de un círculo, decidían los asuntos del país.

Más tarde fue Ustaritz asiento de la administración; ahora su fama consiste en que ha conservado el idioma y las costumbres más puras. Por lo demás ha perdido Ustaritz todo: su *Bilçar*, su tribunal, su comercio; apenas se reconoce todavía (en débiles restos sobre la altura empinada de Garroëhecco) Patarsa (x), el antiguo Capítulo-harry.

No muy lejos de aquí, Cambo domina una encantadora altura. Sus aguas minerales hacen muy frecuentado el lugar hacia el final del verano y sus fiestas, juegos y monterías lo convierten generalmente en uno de los más agradables lugares en el País de los Vascos. En frente se encuentra Jatsou en un silencioso bosque, y en la carretera hacia Bayona, los municipios de Urkuray, Arbone, Arcangues, Bassussarry y Larressore que todavía contiene la única escuela del país (x), por la cercanía de la ciudad más conocida con el espíritu francés, y ya más preceptivo para los extraños.

Esto mismo es el caso con las poblaciones ubicadas hacia el Béarn: St. Palais, Mauleón, Etschparren (x), Navarreins, Tardets, y las innumerables pequeñas comunidades que las rodean: En la extrema derecha se extiende St. Jean Pied de Port, y las poblaciones que lo unen con el valle de Baigorry. —A lo largo del golfo, vi finalmente, desde Bayona hasta mi punto de observación, las blancas casas de Biarritz, Anglet, Bidart, Guethary, St. Jean de Luz, Cibourou, Urrugne, y al pie del Jaizkibel, las ciudades Irún y Fuenterrabía con las ruinas de Hendaye, que cubren la costa; ahora nombres desconocidos, pero en otro tiempo la patria de los más intrépidos marinos, esos lobos de mar que mucho tiempo persiguieron a las ballenas en

los mares del norte, antes que los ingleses y holandeses; que hicieron conocido en todos los idiomas el nombre vasco *Macaillaoua* —denominación del bacalao—, y finalmente que mostraron a Colón el camino hacia América.

Una tradición que considera Robertson en su HISTORY OF AMERICA, sostiene que Colón recibió la primera noticia acerca de la existencia del supuesto continente occidental, de labios de un Vizcaíno, nacido en esta costa.

Tal vez en ninguna de las costas europeas, ni entre las rocosas islas escocesas y británicas, (sic) ni entre los jardines de naranjas de Sorrento y Amalfi, es el mar tan hermoso y magno en sus movimientos como a lo largo de esta costa; continuamente golpean sus largas y anchas olas espumosas contra los muros calizas de la alta orilla, y el sordo trueno con el cual éstas responden, llega hasta la altura, donde me encuentro, a una legua de distancia. Sobre todo, la poderosa fuerza natural ha horadado en las rocas, profundas e indescriptibles grutas y cavernas nuevas, pero entre todas ninguna hay que sea más célebre y de dulce memoria, que las *Cámaras de amor* (les Chambres d'Amour) no lejos de Biarritz.

Toda la aldea de Anglet conoció el amor que unció los corazones de Dura y Hedera con los lazos más fieles: nadie hubo que no haya anhelado la unión del más vigoroso y esforzado joven con la más tranquila y hermosa muchacha, en diez leguas a la redonda.

Cuando Dura apareció con su pequeño chaleco rojo, con las graciosas alpargatas (las peculiares sandalias de los vascos, tejidas de cáñamo) y la airosa boina entre la farándula, en el juego de la pelota o en el *mushiko*, baile nacional de este país, su habilidad y su gracia atrajo todos los ojos hacia sí: Hedera unció la tela de seda lo más graciosamente entre todos sus compatriotas, alrededor de la cabeza, y nadie como ella arrojó el huso con tal donaire hacia lo alto. Se les veía que tenían que quererse. Entre todos los habitantes del pueblo fue el padre de Hedera el primero que no conoció esta necesidad; el soberbio *Etcheco-jauna*, vio al pobre Dura con ojos hostiles, pero en un año lleno de penas y felices placeres, los amantes se habían jurado recíprocamente que sólo morirían unidos. —Un día su promesa se cumplió.

El padre de Dura estaba lejos; los amantes, del bracete, seguían a las olas que jugaban con sosiego bajo sus pies, hasta ese cabo donde la orilla se levanta repentinamente como colinas, las cuales sobresalen sobre el mar como una elevada bóveda. La bajamar dejó libre la entrada al anfiteatro y una fresca cueva recibió a los amantes en el fondo de su semicírculo. Inadvertidamente murmuraron las alas del tiempo al lado de ellos; hundidos en dulces sueños no vieron pasar las horas ni cubrirse el cielo con negras nubes. De repente, salvajes y retumbantes olas llenaron la escena del semi-

VIAJE A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS DE LOS PIRINEOS

círculo cuando la pleamar, en impetuosa irrupción invadió hasta la altura de la entrada de la cueva. El trueno de la resaca y del cielo en llamas despertaron a Dura de sus sueños —«Oh mi amada», gritó él, lleno de horror, «ves a la muerte que nos rodea por doquier?» Hedera le sonrió —«Ningún otro destino he codiciado, sino el de morir contigo», así le habló en voz baja y se echó en sus brazos.

Dura corrió desesperado y se arrojó en la resaca para divisar el camino de la salvación; pero las feroces olas lo arrojaron nuevamente a la gruta, llenándola (ellas), cada vez más y más. Sobre la punta del peñasco más alto, ahí se sentó Hedera, aún no alcanzada por la resaca: una ola llevó a Dura impotente a su regazo. —Ella lo recibió en sus brazos: «Mira tú la ola, que de allá bramando se arroja hacia nosotros —ella le gritó—, esto es la muerte!» Sus brazos se enredan, los labios reposan uno sobre otro— así la resaca los arrojó junto a la orilla cuando la tempestad se calmó. Desde entonces se llaman estas cuevas las *Cámaras del amor*, y el recuerdo de Dura y Hedera vive en las canciones del pueblo. Esta pequeña historia ocurrió alrededor del fin del siglo XVII.

Hacia el final del verano, a causa de sus envidiables playas, Biarritz es visitada con frecuencia: generalmente se transporta aquí en parejas en un *cacolet* y se ven entonces largas filas de estos extraños vehículos. Esto es una cesta doble que es colgada sobre los lomos de una mula que así lleva una persona a cada lado.

Pocos placeres corpóreos son comparables al de un baño en este magnífico golfo, en presencia de la hermosa costa española desde San Sebastián hasta Bilbao y de las hermosas montañas de los Pirineos. San Juan de Luz, fue hace algunos siglos un importante puerto: ahora, porque acá el mar diariamente devora en una amenazante proporción algo de esta costa, es mantenido con grandes costos su puerto, sólo accesible para pequeños barcos pesqueros, y yo mismo vi en *cuatro semanas* terminar un costoso muelle y quedar nuevamente destruído por la fuerza de los elementos. Pero la villa se desmoronó, en la misma proporción que su puerto.

Entre Biarritz y Ziburu el país termina en los más amenos cabos; en total se está dispuesto a comparar este golfo al de Bajá (x) y a la costa española con la costa de Sorrento, sólo que el mar se muestra aquí más majestuoso y más brillante.

El paisaje, como yo lo ví desde mi puesto de observación de Ainhoa, presenta montañas moderadas de suaves formas, que hacia la derecha y en la lejanía se recuestan en las cumbres nevadas de las montañas de Ossau y Laruns; pero hacia la izquierda terminan en el mar. Todas las alturas están tupidamente pobladas de robles y castaños, todos los valles son cruzados por hermosos ríos. El Nive, el Lassainceorcoa y el Bidaubé con cien

frescos arroyos corren en numerosos brazos meandrosos a través de los prados llenos de flores; y por entre el follaje verde oscuro resplandecen las casas blancas, dispersas por todas partes. —Tras esta breve topografía del país, puedo pasar a las costumbres y el idioma de sus habitantes.

Es sabido que los vascos nos presentan el atractivo espectáculo de un pueblo muy pequeño que a pesar de los largos y turbulentos movimientos de sus vecinos, a pesar de sus fusiones y separaciones, ha quedado como el mismo e inalterado; uno de los pueblos que con ninguno de los pueblos vivientes tiene parentesco de procedencia y que por medio de sus costumbres y su idioma no está menos separado de todos los demás, que por sus montañas y el ardor con que se rechazaba siempre la entrada de cada extraño. Las mejores y escrupulosas indagaciones presentan a los Vascos como descendientes de aquellos primitivos habitantes Ibéricos, los cuales —antes de la invasión de los Celtas y antes de los Fenicios, que habían llegado a estas montañas para explotar sus minas de oro y plata hacia el año 1500 antes de nuestra era—, tenían en pacífica posesión la península pirenaica y ambas pendientes de la cordillera.

Una vieja tradición relata que 500 años después del diluvio, una parte de los habitantes del Cáucaso, descendientes de Túbal, quinto hijo de Jafet, bajo la conducción de Tarsis, nieto de Túbal, emigraron y después de infinitos peligros llegaron a la desembocadura del Ebro en España, y poblaron la península pirenaica. Y en efecto, Josefo llamó Iberos a los descendientes de Túbal, y Ptolomeo, tubelianos, mientras que según se desprende de muchos testimonios de los antiguos se conocían dos etnias ibéricas: una en España y otra junto al Cáucaso. Añádase a esto, que el país mismo a menudo fue llamado por ellos Setubalia, (x) lo que muestra suficientemente las sílabas radicales vascas *sein*, *tubal* y *lia* o *via*, esto es, país de los hijos de Thubal, así nosotros debemos, muy probablemente, reconocer en los Vascos a los primeros habitantes de España.

Los Celtas, llegados más tardíamente, encontraron así ya habitado el país, que se nombró desde entonces Celtiberia.

Alrededor del 1500, los Fenicios desembarcaron en las costas meridionales, y les siguieron alrededor del año 500 a.C., los Cartagineses.

Todos estos forasteros, así nos fue contado, en unión con una gran sequía, empujaron a los primitivos habitantes atrás a las montañas, en las cuales los Romanos nos mostraron a ellos bajo el nombre de Cántabros. Primeramente, nosotros los conocemos como las tropas auxiliares de Anníbal, más tarde de Escipión, y Livio los llama las primeras tropas mercenarias de Roma; entre tanto, Séneca (en la carta a su madre) todavía reconoce en ellos a los primitivos habitantes de España y a los pobladores de Córcega. Silio Itálico y Livio los llaman ya también *Bascones*.

VIAJE A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS DE LOS PIRINEOS

Contra Sempronio Graco ellos hicieron cosas en común con los Celtíberos, y ayudaron más tarde a Veraco y Sertorio contra Roma, hasta que Pompeyo destruyó su capital: Calahorra, y por la toma de Iruña (Pamplona) los obligó a seguir a sus armas. Ante los éxitos de Augusto retrocedieron todavía más profundamente en las montañas: pero divisaron después el momento favorable y mataron a todos los Romanos en su país, tras lo cual ellos conservaron la paz, estableciendo por primera vez por escrito sus *fors* (derechos) (x).

En ésta tomaron parte, según Plinio, siete tribus: los Pésicos (en Santander), los verdaderos Cántabros (en Vizcaya y Alava), los Autrigones, Caristios y Origevios (en Rioja y Guipúzcoa), los Bárdulos y los Vascones (en la Baja Navarra y Aragón); todos unidos por el nombre común de Cántabros. Esos *fueros*, prescribían la división del país en partes iguales, y la fundación de una Asamblea Nacional (*bilzar*). Se elegía un protector, se prohibió el uso del dinero, todo comercio debió realizarse por medio del trueque; de ahí que todavía ahora, comprar se diga *artu-emon* (dar-tomar) (x); los viñedos fueron prohibidos, cada padre de familia estaba obligado a conservar la décima parte de la cosecha y le quedaba libre la elección de sus herederos (x), —como este derecho aún al presente subsiste en Vizcaya. Pompeyo Mela (bajo el gobierno de Claudio), Plinio, Pablo Emilio y Floro (alrededor del 217), coincidieron entonces con San Agustín, en que las tribus independientes en las montañas se regirían de continuo según este derecho, y cuando se dice de Vespesiano que había dado a los pueblos cantábricos el *jus latinum*, y se cuenta de Caracalla que les había dado la ciudadanía, en ello se refieren aparentemente sólo a los Várdulos, Pésicos y Autrigones, habitantes de la meseta. Es notable que estos pueblos siempre adoraban a un sólo dios. Estrabón dice, que ellos adoraban a un dios sin nombre: según otros testimonios él se llama *Jauncaicoa* (el Señor de arriba), ahora *Jaungoa* (x). Por cierto, nos fue narrado a nosotros de un culto y de fiestas que ellos celebraban el primer día del mes (*Asteleña*) (x) y en el último (*Azteartia* (x) o *Igoandia*); pero este culto es de visible origen Fenicio (como lo demuestra el nombre *Asteartia*, *Astarté*) y fue usado ciertamente sólo por los habitantes de la estepa.

En el curso de la guerra contra los Suevos y Godos llegó (alrededor del 587) una parte de los habitantes de la cordillera sobre la pendiente norte, a este lado (x) y conquistó a los Nueve Pueblos (x), a los cuales después de su expulsión mediante Astrevald, Conde de Tolosa, dejó el nombre de Vasconia (Gascuña). En el 602 se llegó a un acuerdo y fue formado un ducado de Vasconia, el cual sin embargo, ya en el 626 terminó de nuevo con la expulsión del segundo duque Genial; y cuando en el 635, bajo Dagoberto, apareció un ejército en su país, fue aniquilado total-

mente por los Vascos en el valle de Soula (Soliola) (x). Al mismo tiempo se originó, en la pendiente sur, un ducado de Cantabria, del cual algunos afirman que siempre subsistió, y aún hasta Augusto nombran siete duques: Salacio, Oca, Cántabro, Astur I, Herdo, Astur II y Dioristeno. Con la aparición de los Moros desaparecen todas las noticias de estos ducados, y nosotros vemos nacer nuevos. Los Navarros se dieron un señor, al que llamaron Eneco (x) Semenona (x) (buen hijo de la Patria), a cuyo sucesor los moros obligaron a tomar su camino hacia Francia a través del Roussillon y la Cerdaña. Después de la batalla de Roncesvalles en el 778, Carlos Magno erigió un nuevo ducado de Vasconia bajo Adalrico, que no obstante, tampoco tuvo estabilidad. Finalmente, alrededor del 825, los Vascones Españoles se hicieron totalmente libres y erigieron bajo García Ximenes una monarquía independiente, con el Abarca I (x), uno de sus sucesores, quien también reunió la vertiente norte de los Pirineos.

Este reino fue regido por las casas de Navarra, Champagne, Valois, Evreux, Foix y Albret, hasta Fernando el Católico en 1512, quien tomó posesión de todo el país al sur de la cordillera y limitó el reino de Navarra a las comarcas del norte. Estas permanecieron en posesión de la casa Albret hasta Enrique IV, señor de este país, que ciñó sobre su cabeza la corona de Francia: desde entonces subsistieron sus derechos y privilegios ininterrumpidamente hasta la Revolución. —De los tres cantones franceses tenía Soule desde el 900, vizcondes propios bajo la soberanía de Navarra, hasta Eduardo de Guyena, que la conquistó, del cual la recibieron los Ingleses y de éstos, en 1451, a su vez la corona de Navarra. Labourde perteneció hasta 1147 a un señor que se llamó, ya Conde de los Vascos, ya señor de Bayona. En 1177 cayó sin embargo, en manos de Ricardo de Guyena y con este último ducado, en las de Francia (x). La Baja Navarra siguió siempre el destino de Navarra (x) y quedó con la casa Albret.

Si en los Bretones de la Baja Bretaña y en los habitantes de Gales en Inglaterra (x) y finalmente en los Irlandeses, tienen los Vascos parientes de tronco y hermanos, es una cuestión discutible, pero que hay que negarla según toda probabilidad. Más cierto que esto es que el tronco de los Vascos en cierto tiempo integró la gran masa de la población de España y Portugal y que ella, empujada por los posteriores inmigrantes Celtas, Fenicios, Cartagineses, Griegos e Italianos, se desplazó hacia las montañas cántabras y las pendientes occidentales de los Pirineos, donde el amor a la libertad y a sus montañas, los ha mantenido libres de las conquistas de los Nórdicos. Las pruebas de su antigua extensión sobre toda la península se evidencian en que a través de toda España y Portugal, se encuentran a menudo nombres vascos de ciudades, ríos y montañas. —Así por citar sólo algunos ejemplos, yo me refiero al portugués *hiri-flavia* (x), —del

VIAJE A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS DE LOS PIRINEOS

vasco *biria*, la ciudad—, y sobre las *silvas* en Valencia. *Silva* significa en vasco (x), caverna, gruta; en Valencia se llama con ese nombre a los depósitos subterráneos (Véase la Descripción de España por Laborde). Al paso puede anotarse que *silæe* tiene igual significación que la palabra vasca en lengua hebrea (x).

También me refiero al nombre de la provincia de Asturias (x), pero con más preferencia, a la pronunciación general del español y el portugués, que añadieron al latín esos peculiares sonidos guturales de la *j* vasca, y la híbrida pronunciación de la *b*, la cual, privativa del vasco, demuestra la originaria difusión de ese idioma sobre la península. —Por otra parte, el nombre de Gasconia que Plinio llama al país de los Vacceos (x) y Estrabón de los Bascones, nos muestra su propagación sobre una gran parte del sur de Francia. Con el nombre de Cántabros, aparecían los Vascos bajo el dominio de Roma, sin por ello perder algo de la singularidad de sus usos y sus derechos, ni trocar su idioma con el Romano. A los conquistadores Nórdicos rechazan a menudo con mano armada desde sus montañas y no siguen siendo menos el pueblo intacto, durante las agitaciones de la invasión de los Bárbaros: —Sólo un pequeño tronco ajeno de mística procedencia, al cual quizá la Humanidad le concedió un sitio apartado entre los hombres, encontramos también aquí nuevamente: los *Agotes*, que ya una vez hemos citado (x). Sin embargo, su ubicación aquí es con mucho, menos desgraciada que en las altas montañas de los Pirineos, y el nombre y algunas dificultades en el enlace de bodas fuera de su etnia, era aquí ya, desde hacía mucho, todo lo que había quedado de la antigua persecución. Los *Agotes* hablan en su mayor parte la lengua de los Vascos y son tenidos aquí en general, por descendientes rezagados de Alanos y Godos, que tomaron asiento aquí. Por lo demás, y hasta el año 1804, vivió también sobre lo más inaccesible entre estas montañas y en lo más árido de estos valles, en sitios desconocidos todavía, otra etnia de no menos dudoso origen (x) que los *Agotes*; fuertes hordas de Gitanos atravesaron continuamente este país, y lo hicieron inseguro. Las quejas sobre esta parte de la población se acumularon finalmente de tal manera, que una enérgica medida del gobierno, en el año 1804, hizo que en una noche, los embarcaran como juntados en una red y los llevaran hasta la costa del Norte de Africa; sólo la hermosa *Magtémína*, conocida bajo el nombre de la bella Gitana (x) en los círculos de París, escapó de la suerte del destierro común.

Los Vascos, tal como ahora se hallan, a través de su aspecto exterior, son ante todo una raza atractiva. Los hombres de mediana estatura, pero de compleción absolutamente proporcionada y musculosa, llevan a la vista vigor, agilidad, habilidad y riqueza en medios y «ágil como un vasco» es una bien fundada expresión, proverbial a lo largo del país.

Un traje liviano adecuado al clima y a lo acostumbrado en el país, sirve para permitir todos los movimientos del cuerpo y realzar el carácter inimitable de su gracia, que caracteriza a todo el tronco vasco. Una ligera chaquetilla parda, echada sobre el hombro izquierdo; un chaleco rojo abierto con una camisa siempre blanca, luego un pantalón estrecho y corto, sostenido arriba por una faja roja: medias azules o pardas y sandalias tejidas con cáñamo, atadas con elegantes cintas rojas, componen el traje del joven Vasco; además cubre su cabeza ya una pequeña boina plana, puesta de lado, ya una red de seda (x) que mantiene el cabello unido. Por lo general, el vasco no lleva armas; pero raramente deja su bastón guarnecido de hierro, con el cual él sabe defenderse, pues lo esgrime con admirable habilidad en repentinas contiendas. —De la belleza y el donaire de las mujeres, es difícil dar una descripción, ni siquiera aproximada. ¡Qué otra cosa puede decirse como que tienen el talle más delicado, el cuerpo más delgado, la más encantadora tez, la forma más acabada de las manos y los brazos, en perfecta armonía con los perfiles verdaderamente Griegos! Pero como todo esto es realizado por el indescriptible donaire de los movimientos, por la gracia de la marcha, por la risa pícaro que se modula alrededor de los labios rojos y de los ardientes ojos oscuros; además la forma tan encantadora en que lanza el huso por el aire; o sabe mantener en equilibrio sobre la cabeza el pequeño cántaro de arcilla (x), lo graciosamente que enlaza el pañuelo alrededor de la cabeza y deja caer, larga, la punta por detrás, y lo primorosamente que le sientan el blanco sombrero de fieltro o la bufanda carmesí y la corta pollera rojo escarlata; cómo miran los ojos, vivaces y muy prometedores; cómo ríen los labios y cómo ayudan todos los movimientos del cuerpo a las palabras. —Es imposible decir completamente todo esto. —Se ha dado por lo común, a estas encantadoras muchachas, la culpa de un poco de coquetería y de mucha ligereza; pero yo tengo todos los motivos para creer que en esta opinión es tomada la apariencia por la cosa, y que la peculiar travesura suya, con la que, por ejemplo saludan a todo forastero con su *Egun hon Jauna!*, al que dirigen la palabra y le hacen bromas, y el ambiente de chanzas y risas —que tiene su fuente en la inocencia y el candor— ha sido tomada por frivolidad.

Por lo menos, parece que esto no se compagina bien con tanto espíritu religioso, como yo he encontrado en apartados lugares como Ustaritz y Hasparren, con tanta inocencia en las palabras y tanta reserva en las acciones y los movimientos; pero yo encuentro las más fuertes pruebas en contra, en la severa actitud de los mismos varones, que es diametralmente opuesta a la libertad de los Franceses y Alemanes.

El Vasco —como son siempre la fuerza y la agilidad—, es activo, perseverante y esforzado; como soldado es inservible en la línea, pero em-

VIAJE A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS DE LOS PIRINEOS

prendedor y arriesgado en la guerrilla, su sangre es caliente como su sol, su valor resistente como sus peñas, su ataque impetuoso como su mar. Su apasionamiento apenas es detenido y no siempre a raya, por su hondo sentido religioso, pues él *no* conoce el rencor de los españoles, y es hospitalario como ellos. Pero es distintiva para él, la honda veneración con la que siempre habla de los muertos, y tal vez ella lo fue, porque en otro tiempo se había hecho usual entre los Vascos un grado tan inmoderado de luto, que el gobierno se veía obligado a prohibir con duros castigos, el mesarse los cabellos y mortificarse exageradamente por la muerte de un pariente. —Depping. *Histoire générale de l'Espagne*—. El vasco, ama apasionadamente juegos que permitan desarrollar su valor y su destreza, así como la guerrilla; fuera de sus montañas, él no conoce ninguna patria y todavía habla siempre de Francia, como de un extraño país. Más de una vez me dijo mi hotelero en Ustaritz «en ese río (x) está el límite de Francia, y sobre estas montañas, el de España».

En el trato, el vasco es probo, fácil de contentar y sin codicia; (x) él ha permanecido libre en su soledad de la usual depravación de los pueblos fronterizos. Rara vez el pastor desciende desde las altas comarcas de las montañas, y ocurre así por ejemplo, para comprar una cabra en la *ciudad*, para pagar su impuesto, pero rápidamente corre de vuelta a sus montañas.

Bayona se llamaba exclusivamente así: *la ciudad*; el nombre de esta ciudad es, como el de la mayor parte de su población, del mismo origen vasco, y proviene de *Ba* (sí) y *Jauna* (señor) (x). Sobre la historia de por qué pudo haber surgido esta peculiar denominación, yo no he podido saber nada.

Así son de extrañas para él la cultura intelectual y las costumbres del siglo, y él vive satisfecho en su ignorancia, cerca de los primeros caminos de la naturaleza. El rico agricultor visita la feria y aprende aquí un poco de francés; —con todo eso, él no lleva de vuelta a sus valles, nuevas costumbres ni la finura de sus vecinos— pero recibe con la antigua hospitalidad y rectitud, a los forasteros que aquí lo visitan.

Pero aunque receloso contra éstos, como el Arabe de Kerek, como éste se arruina gustoso, para obsequiarlos. Tampoco le niega a los más pobres chocolate, *pitarra* (una variedad de sidra) y esponjas (una factura (x) española) y como aquel mismo, come con gusto las golosinas y a pesar del horror al robo, tiene permitido el sonsacar alimentos y manjares, para así colmar él también a su convidado con esto. A esta peculiar búsqueda de golosinas debe su origen la *Eracunde*; ese rito de Carnaval de caminar en grupos casa por casa para saludar y para dejarse obsequiar con manjares. —También la costumbre de no entrar nunca en una casa, antes de que

el señor o la señora de la casa, se adviertan de ello, mediante el grito «*ela*», y se reciba respuesta, tiene quizá su fundamento en este rasgo de carácter.

Una marcada tendencia de los Vascos es una pulcritud casi Holandesa en el exterior como en el interior de sus viviendas; cada una reluce continuamente con blancos revoques: los adornos del interior lo constituyen la resplandeciente batería de cocina y las mesas y los bancos blancos; por lo demás, las menos de las casas tienen ventanas; persianas o cortinas cierran las aberturas; el invierno no llega hasta aquí.

Trigo y maíz, vino, higos y frutales, son los principales productos de cultivo del país. Este cultivo, enseñado a los Vascos probablemente por los Romanos, ha rechazado hasta ahora, —muy en el carácter de esta etnia, a la cual son propias la superstición y fidelidad a lo viejo—, tenazmente todos los nuevos sistemas y según las afirmaciones del cura de Ustaritz, deben seguirse y reconocer paso a paso todavía las teorías de Virgilio y Columella en el sistema de la agricultura de este territorio. El arado en algunas comarcas consta aún de un mango con dos ganchos que se hincan en la tierra (x), con lo que se rompen los terrones. Los caballos son casi desconocidos en el interior del país y los carros de los Vascos, son tirados por bueyes; a menudo se escucha aquí la música tristemente famosa de las ruedas de los carros vascos, las cuales constan de una tabla redonda; pero yo no sé exactamente por qué este suave concierto, —análogo a los discordantes cuernos de los postillones—, especialmente oído en la lejanía y con fuerte calor (x) también tenía para mí un encanto especial.

Los juegos de los Vascos son todos de tal clase que desarrollan la fuerza o la agilidad del cuerpo y tienen lugar de día. En apuestas, son levantados pesados troncos, arrojadas grandes bolas de boj (x) trepados lisos árboles y formadas pirámides de equilibristas. Pero entre todas las diversiones la caza de las palomas, el juego de pelota y el *mushiko* son ejecutados con el mayor ardor, hasta con todo el apasionamiento que caracteriza a los meridionales.

La caza de palomas salvajes fue practicada corrientemente en grandes grupos y, al mismo tiempo, por comunidades completas. Se elige algún bosque para el escenario de la misma; así se comienza con que se prepara para cada cazador en la copa de un roble, una especie de abrigo y pronto se puebla todo el bosque con estos oscilantes habitáculos. En esta jaula, en el día de la caza, ocupa el cazador su acecho, armado nada más que con un cencerro. Aquí y allá una paloma ciega está sujeta como ave de cebo en una cuerda: su arrullo atrae pronto hacia ella, el número deseado y los árboles de alrededor se cubren con una nube de palomas; en un momento se arroja de diversos lados sobre ellas un gavilán preparado y éste y el ruido de cien cencerros y matracas, empujan a las tímidas aves en

VIAJE A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS DE LOS PIRINEOS

tropeles hacia la red tensa, en otra parte del bosque, y los cazadores descienden jubilosos de su alegre garita.

Todavía más grande es la alegría del juego de pelota para los Vascos. Este no es aquí, como en Alemania y Francia, un pasatiempo, un verdadero juego: no; es un asunto de importancia sobre el cual estriba la fama de los municipios y el prestigio de las personas; es una competencia de estilo Griego, que pone en movimiento todas las pasiones y no pocas veces abre la entrada a magnánimos movimientos del corazón. En los días de fiesta, especialmente, se lucha la partida, sólo entre los virtuosos de muchos municipios que rivalizan por la mayor fama, y una lucha semejante atrae a los habitantes de los valles más alejados y de las más altas montañas; y no raramente descienden los hermanos del otro lado de los Pirineos, por la ladera norteña de los mismos. Las calles y caminos se pueblan, se conciertan grandes apuestas, se pregunta, se investiga por el resultado, las noticias vuelan de boca en boca: Denain, Fontenoy y Waterloo no concitaron una tensión más angustiosa, ni movimientos más vivos, que el resultado de tan honrosa lucha.

Mientras tanto es elegido un lugar amplio, que ocupan los contrincantes de camisa y pantalones blancos y ceñida la cintura por una faja roja. Árboles, andamios, casas, techos, campanarios, toda elevación del terreno en torno, está ocupada con espectadores. Son elegidos los árbitros y comienza la competencia con un grito de júbilo del pueblo reunido. Pero quién sigue a la pelota en sus vuelos, o al jugador en sus movimientos? —La más asombrosa agilidad, siempre unida a la gracia, dirige todas sus vueltas, sus flexiones, sus movimientos hacia atrás y adelante, y todas sus posiciones; con alas, parece, corre de un extremo al otro de la pista, y siempre se le busca en un sitio donde ya no está.

Pero la participación de la concurrencia misma, presenta la parte más interesante del espectáculo. Esos tonos inarticulados de satisfacción, ese júbilo resonante desde lo más profundo del pecho, cuando es alcanzada la victoria —esa tensión, esa participación— esa alegría que se pinta en todos los rostros —finalmente ese triunfo, cuando el vencedor es un paisano —todo esto es un espectáculo de un grande y muy peculiar encanto, y sólo comparable al que se acostumbra presenciar en una plaza española de toros, o en una sala italiana de ópera.

El juego de pelota ha proporcionado aquí los famosos nombres que fueron celebrados por la memoria y las canciones del pueblo. La fama de Sorrende, Duraty, Perkain, proviene de esa fuente. Del último especialmente es narrada una anécdota que indica el rango que mantiene esta fama a los ojos de los Vascos. Perkain en el curso de la Revolución tuvo que emigrar a España, cuando Cruchaty, uno de sus competidores de más alta

calidad, había anunciado en los Aldudes un partido de pelota: Perkain, no bien escuchó de esto, pidió un salvo conducto a los ancianos del país, que le fue otorgado inmediatamente por las autoridades, apoyado por la necesidad de oponer a Cruchaty, el único contrincante digno de él. El furor de los partidos políticos decrece: Perkain aparece, vence, y es acompañado por una multitud jubilosa en su regreso a la frontera española.

Pero el foco de toda alegría se concentra para los Vascos en el *Mushiko*, su antiquísima danza nacional. En los días de fiesta, tras concluir el culto divino, reunido todo el vecindario, va con el *auzapeza* (alcalde o intendente) (x) en punta, llevando en la mano laureles y gajos de boj, ante la misma iglesia, por parejas, sobre la plaza despejada de la aldea. Acá, quien puede se arma con el tamboril nacional, provisto de campanillas, de la flauta de cinco agujeros (Chirula) o una especie de violín, cuyas cuerdas son tañidas con un palito. Como la música se torna vivaz, se apresura el paso: entonces se alcanza la plaza, y el *auzapeza* da la señal de comenzar. Inmediatamente, toda la multitud se mueve danzando en cien vueltas, luego en círculos, luego por grupos, unos contra otros se enredan y desenredan, de modo que la vista pierde, a cada mirada, el hilo de este ovillo. Pero son indescriptibles los millares de explosiones del máximo entusiasmo con el que el bailarín efectúa esta danza: todos gritan, cloquean con la voz, caminan, hablan, gargantean la Irrincina (así se llama en los Pirineos al canto jubiloso de suizos y tiroleses) y los brazos y pies, todo el cuerpo y todos sus miembros, expresan el máximo arrebató que se intenta desahogar con las palabras más apasionadas. Al final del baile, el canto se hace general, y se siente el eco en las paredes de las montañas, tanto cercanas como lejanas.

(Concluirá en FONTES)